

Antes se la oía desde toda la casa; después se la oyó desde la esquina de la calle, y por último desde la plaza de Santa Ana.

Y Clarete cada vez la miraba con más fijeza, ora en el portal, ora en la calle, ora en la ventana del patio.

— Pero ¿quién es esa señorita?, preguntaba al portero.

— Pues una señorita huérfana de padre, que es una verdadera profesora, según dice doña Fulgencia, su mamá.

— ¿La madre se llama doña Fulgencia?

— Sí, señor; doña Fulgencia Cascarín.

— Bueno.

Clarete acariciaba algún proyecto trascendental, puesto que había tomado nota del nombre de la inquilina del piso segundo.

El portero transmitió inmediatamente á doña Fulgencia lo que acababa de oír, y la pobre señora creyó fallecer de júbilo.

— ¡Amparito, Amparito!, entró diciendo con la faz alterada por la emoción. Ya no cabe duda: ese joven aspira á tu mano.

— ¡Cómo!, exclamó la chica.

— Ha celebrado una conferencia con el portero; ha apuntado mi nombre en la cartera. Querrá tomar informes antes de decidirse.

Amparito rebotando alegría abrió el piano y se puso á tocar un galop estrepitoso. Al hacer un *fortissimo* en la octava baja, rompió una tecla, pero siguió tocando con frenesí para enloquecer á su adorador.

En aquel momento sonó la campanilla de la escalera y la criada del piso principal entregó á doña Fulgencia un billete perfumado. Era del joven vecino y decía así:

«Señora doña Fulgencia Cascarín.

»Muy señora mía: Auro que tema abusar de ustedes, les suplico que me permitan subir: quiero hacerles un ruego del que depende la tranquilidad de su seguro servidor q. b. s. p. *Demetrio Clarete.*»

Doña Fulgencia escribió con mano rápida las siguientes líneas:

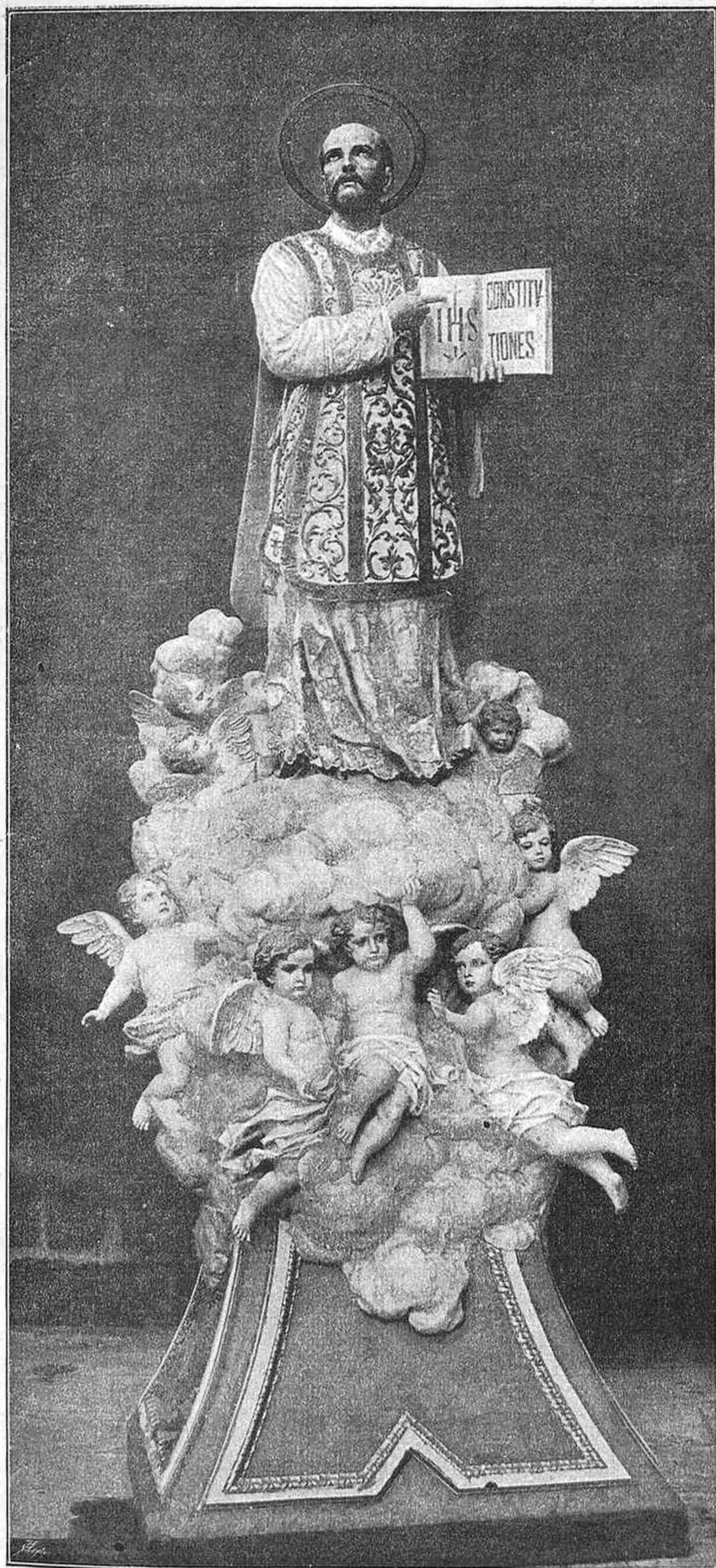
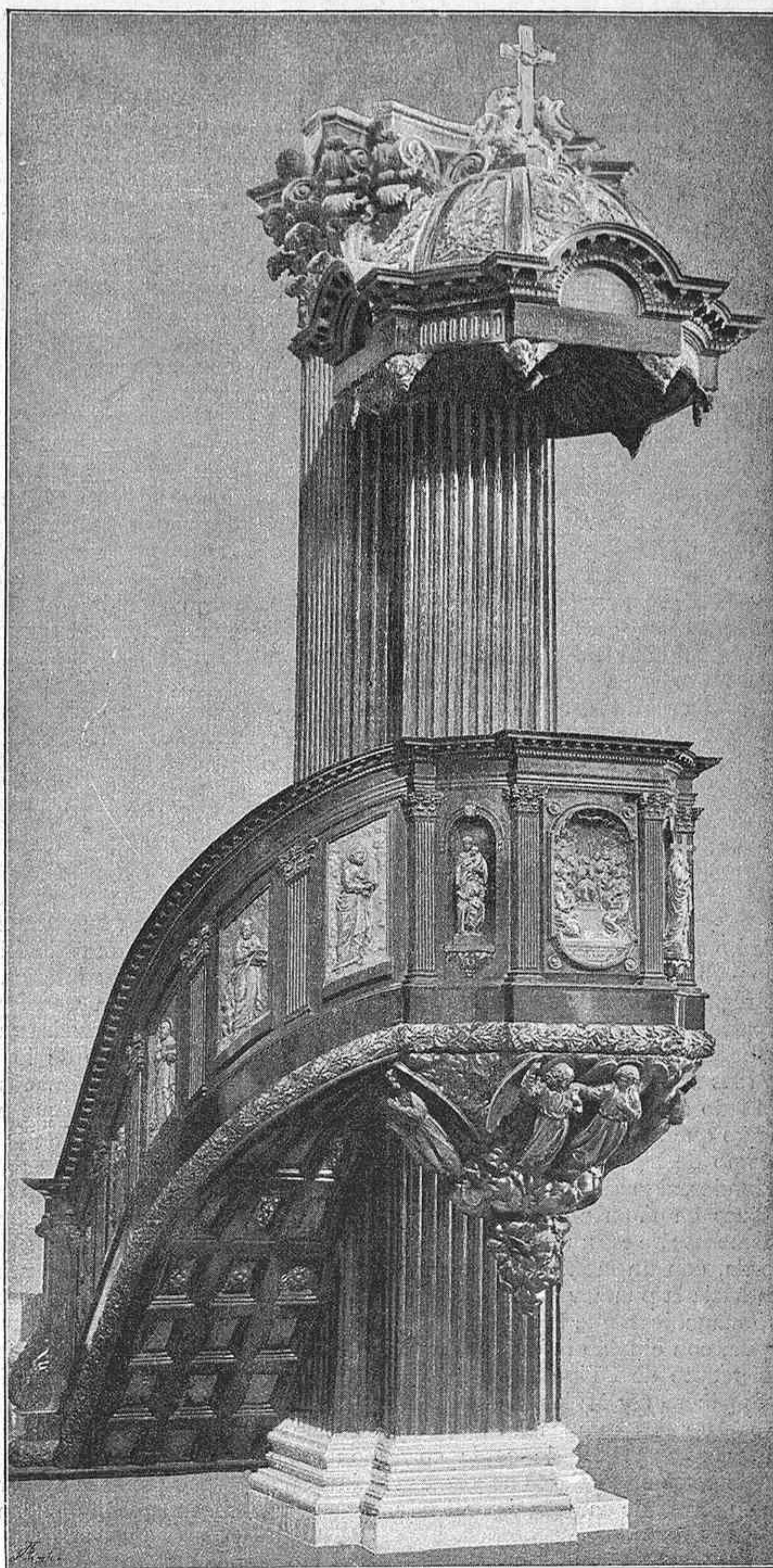


IMAGEN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS existente en el templo de San Ignacio, en Manila, obra de Manuel Flores



PÚLPITO DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA primorosa obra de talla, ejecutada por Crispulo Hogson y Manuel Flores

«Joven estimadísimo: Puede usted subir cuando guste. Suya, *Fulgencia Cascarín.*»

Después corrió al lado de su hija, y sin darla tiempo á leer la carta de Clarete, cogió la borla de los polvos y cubrió con ellos la fisonomía de Amparito; después la peinó las cejas y los rictos de la frente, echóla sobre los hombros una toquilla azul pálido y dijo con voz alterada:

— Va á subir; va á pedirme permiso para que yo tolere vuestras relaciones. ¡Ay, hija mía! De este paso depende tu porvenir. Trátale con toda la amabilidad posible; hazte querer, hija de mi alma. Yo voy á ponerme la manteleta. Estoy por mudarme el calzado, porque estas zapatillas me hacen el pie muy grosero.

Amparito no cabía en sí de gozo; doña Fulgencia

tuvo que beber agua, porque dijo que sentía así como una bola que le subía desde el estómago á causa de la emoción, y cuando estaban en esto volvió á sonar la campanilla de la escalera.

— Que pase á la sala ese caballero, dijo la mamá de Amparito á la doméstica.

Clarete entró en la sala y tomó asiento en una silla inmediata á la puerta.

Cinco minutos después aparecían radiantes de felicidad doña Fulgencia y Amparito.

— Ustedes dispensarán mi atrevimiento, dijo Clarete.

— Todo lo contrario, contestó la mamá con sonrisa cariñosa.

— Yo vivo en el cuarto principal, añadió el joven.

— Ya lo sabemos, dijo la niña suspirando.

— Pues bien, concluyó Clarete, vengo á decir á ustedes que esto no puede seguir así...

La mamá y la niña se miraron en silencio: ambos corazones latían aceleradamente y la felicidad se les escapaba por los ojos.

— Hable usted con toda franqueza, exclamó la mamá.

Clarete entonces se puso de pie diciendo:

— O esta señorita deja de tocar el piano, ó un día se me acaba la paciencia y pego fuego á la casa.

LUIS TABOADA

(Prohibida su reproducción.)